

MEMORIA Y SOMBRAS
EL DÍA DEL ODO, POLÍTICA, VIOLENCIA Y
LITERATURA



Universidad
del Cauca

WILLIAM JAIR BENAVIDES GALÍNDEZ

FACULTA DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES
MAESTRIA EN ÉTICA Y FILOSOFÍA POLÍTICA
UNIVERSIDAD DEL CAUCA
2017

MEMORIA Y SOMBRAS
EL DÍA DEL ODIO, POLÍTICA, VIOLENCIA Y
LITERATURA

WILLIAM JAIR BENAVIDES GALÍNDEZ

DIRECTOR
ONASIS RAFAEL ORTEGA

COORDINADOR MAESTRIA
JOSE RAFAEL ROSERO

FACULTA DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES
MAESTRIA EN ÉTICA Y FILOSOFÍA POLÍTICA
UNIVERSIDAD DEL CAUCA
2017

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCION	4
OSORIO LIZARAZO Y LA VIOLENCIA EN COLOMBIA	7
MEMORIA Y FICCIÓN EN EL DÍA DEL ODIO	25
DISCRIMINACIÓN Y ODIO	42
BIBLIOGRAFIA	56

NOTA DE ACEPTACION

Popayán de 2017

MEMORIA Y SOMBRAS

El día del odio, política, violencia y literatura

INTRODUCCIÓN

*[...] como el pasado dejó ya de echar luz sobre el futuro, la mente del hombre vaga en la oscuridad.
(Tocqueville, 1835)*

El día del odio, la novela de José Antonio Osorio Lizarazo (2008) [1952], ya tiene un puesto asegurado en la historia de la literatura colombiana, tal como lo podemos ver por los múltiples trabajos que aún se hacen sobre ella, desde tesis de pregrado, maestría y doctorado, hasta artículos en revistas especializadas en diversas áreas, especialmente en las áreas de literatura y de historia (Martínez, 2010; Lora Garcés, 2011; Escobar, 2000; Duarte, 2005; Calvo, 2009; Arias, 2012).

A pesar de este evidente interés, no todos los estudiosos están de acuerdo acerca de su valor estético pues, como se verá, se le ha juzgado como una obra panfletaria. Sin embargo, *El día del odio* es una obra compleja que se puede leer de muchas maneras y que tiene mucha información de interés no solamente desde el punto estético, sino también desde el punto de vista sociológico, ideológico, histórico y hasta lingüístico.

El presente trabajo tiene como objeto hacer un análisis de la novela *El día del odio* del escritor bogotano José Antonio Osorio Lizarazo desde la perspectiva de la memoria en su relación con la literatura, en el contexto del período que se ha llamado de la Violencia en Colombia –Violencia con mayúscula, para identificarlo como este período en particular de la historia colombiana. Para realizar este estudio analizo la figura de Jorge Eliécer Gaitán y pongo su imagen pública, sus ideas y prácticas en diálogo con las ideas de la filosofía política práctica de Dussel.

El trabajo está estructurado en tres capítulos. En el primero se examina la vida de Osorio Lizarazo, su relación con la vida política y cultural de su época y su producción literaria. También se expone lo que se ha llamado la Violencia, un período que se estima abarcó desde 1946 hasta 1965 aproximadamente. Se estudia, así mismo, la relación entre la figura de Jorge Eliécer Gaitán y la filosofía política crítica de Dussel; en este apartado se encuentran sugestivas coincidencias entre lo realizado por el líder liberal de mediados de siglo y lo planteado por el pensador latinoamericano contemporáneo. Para cerrar el capítulo hago un breve recorrido por dos de las revistas literarias más importantes de este periodo: *Sábado* y *Crítica*, que tuvieron mucha relación con Osorio Lizarazo y con Gaitán mismo.

En el segundo capítulo analizo la memoria y su relación con la historia, pues si bien las diferencias entre ficción e historia son evidentes a primera vista, un examen más profundo deja ver complejidades en diversos planos. Dentro de este análisis es importante tratar el tema de la literatura de panfleto, su definición y si este concepto

es aplicable a El día del odio. También me refiero a lo que se considera uno de los grandes aciertos de la novela, su manejo del lenguaje popular de la época.

La discriminación y el odio, que aparecen en la novela desde el título mismo, son el eje central del tercer capítulo. Aquí, por un lado, hago una breve contextualización histórica de lo que significa la discriminación en el país y de la forma como se presenta esa discriminación en la novela. Por otro lado, analizo el odio, como la explicación que da el narrador a lo acontecido el 9 de abril de 1948.

1. OSORIO LIZARAZO Y LA VIOLENCIA EN COLOMBIA

El tema de la violencia en Colombia cuenta con una extensa literatura en varias disciplinas de las Ciencias Sociales y con una importante repercusión en las artes en general. En todos esos campos existen obras y autores destacados por el alcance de sus trabajos, por la fuerza con que representan aspectos cruciales, casos emblemáticos, ocultos o porque simplemente traen a la superficie visible un pasado que no cesa (Arias, 2012; Calvo; Cobo Borda, 2010; Duarte; 2005; Escobar, 2000; Lora-Garcés, 2011; Martínez, 2010). El día del odio de José Osorio Lizarazo contiene una mirada sobre esa violencia, una representación de una herencia sin testamento, es decir, sin dirección, anónima, pero que hemos arrastrado los colombianos por décadas.

La literatura y especialmente la testimonial cuenta con una tradición de obras que recogen las voces marginadas u olvidadas por el gran relato de la historia para poner de presente el pasado. En este trabajo me ocupo de una de esas voces, la de Osorio Lizarazo. En esta primera parte me referiré a Osorio Lizarazo como escritor y activista, a sus relaciones con las ideas de Jorge Eliecer Gaitán; luego examino el contexto de la violencia en Colombia, especialmente el que tiene que ver con el contexto de El día del odio, es decir, ese período que García Márquez denominó La mala hora. Finalmente, me referiré a la relación entre las prácticas políticas de Jorge Eliecer Gaitán y los principios políticos planteados por Enrique Dussel (2001, 2011). Empecemos por mostrar quien era Osorio Lizarazo.

José Antonio Osorio Lizarazo nació en Bogotá en 30 de diciembre de 1900, estudió su bachillerato en el colegio de San Bartolomé Nacional de donde se graduó en 1916. Inició su carrera a muy temprana edad y ya en 1923 era un cronista relativamente conocido por sus serie de escritos sobre la sociedad bogotana, que se publicaba en el diario Mundo al Día, también colaboró con prácticamente todos los periódicos locales, a nombre propio y con el pseudónimo El Solitario.

Osorio Lizarazo se desempeñó fundamentalmente como periodista y funcionario público. Fue director del Diario Nacional en 1935, jefe del diario barranquillero La Prensa y ayudó en la fundación del diario El Herald de Barranquilla, de quien fue su primer director. Del mismo modo, fue jefe de redacción de sábado y del diario gaitanista la Jornada.

Como funcionario público fue secretario privado del Ministerio de Guerra y del Ministerio de Educación, director de publicaciones de la Contraloría General de la Nación, entre otros. En 1946 se distanció de Jorge Eliécer Gaitán y viajó a la Argentina, donde colaboró con Juan Domingo Perón; desde su llegada a Buenos Aires, hasta su caída. En Buenos Aires se premió su novela El hombre bajo la tierra que fue editada inicialmente en Bogotá en 1944, pero premiada en 1950 en Buenos Aires, donde se publicó la primera edición de El día del odio en 1952.

Después de la caída del dictador argentino Domingo Perón, viajó a Chile y a República Dominicana, donde se convirtió en el hombre de confianza del dictador Rafael Leonidas Trujillo, que gobernó el país desde 1930 hasta 1952 y que luego siguió su gobierno por

interpuesta persona en cuerpo de su hermano Héctor Bienvenido. Allí también fue premiado, se ganó el premio nacional de literatura con su novela *El bacilo de Marx* de 1959. Allí publicó la segunda edición de su novela *La isla iluminada* de 1953, escribió una biografía de Trujillo, editada en Argentina con el título: *Así es Trujillo* en 1958. Escribió dos obras cortas sobre Francisco de Paula Santander y una biografía de Gaitán: *Gaitán, vida, muerte y permanente presencia* de 1952.

A su retorno a Bogotá, su ciudad natal, se dedicó de tiempo completo a la escritura. Terminó *El camino de la vida*, novela que obtuvo el premio Esso en 1963 y que fue publicada póstumamente en Madrid. Osorio Lizarazo murió en Bogotá el 12 de octubre de 1964. Su actividad como novelista había comenzado en 1930 con la publicación de *La casa de vecindad*, le siguieron *Barranquilla 2132*, de 1932, una de las primeras novelas de ciencia ficción en Colombia; *Hombres sin presente* de 1933; *El criminal*, 1935; *La cosecha*, 1935; *Novela de empleados públicos*, 1938; *Garabato*, 1939; *El hombre bajo la tierra*, 1944; *Fuera de la ley*, que incluye las novelas cortas *Carmen Tejeiro* y *Antonio Jesús Ariza*; *El día del odio*, 1952; *Pantano*, 1952.

Como novelista, Osorio Lizarazo retrató los habitantes de ciudad, pero no la ciudad sofisticada y conservadora de las clases altas, sino la ciudad de la mediocre y anodina de la clase media y la de los desgraciados, los viciosos, los pobres. Fue un atento espectador y cronista de la vida urbana con todas sus degradaciones y miserias. Se recuerda sobre todo su novela *Barranquilla 2132* y *El día del odio*, la primera por ser una obra pionera en la ciencia ficción colombiana y la segunda por su importancia como documento histórico que trata de las condiciones de los pobres en la época

inmediatamente previa y durante el Bogotazo. Por esto se le considera como uno de los pioneros de la novela urbana en Latinoamérica (Rueda, 2016). Hecha esta breve semblanza del autor que nos ocupa en este trabajo, miremos más de cerca el contexto de la violencia en el que crece la obra literaria de Osorio Lizarazo y su experiencia como periodista y funcionario público, experiencias que de una u otra manera se relacionan con el contenido y los temas de su obra literaria.

1.1- La Violencia

No es muy atrevido decir que Colombia ha vivido su vida republicana entre guerras y conflictos armados más o menos continuos, con breves lapsos de paz. Sin embargo, esta violencia endémica en nuestro país se ha dividido en periodos. Entre 1946 y 1965 se vivió un periodo cruento de violencia que se ha denominado la Violencia, y que se caracterizó por el surgimiento de una confrontación partidista entre el conservadores y liberales que tuvo como evento prominente el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán y que desembocó en la instauración de la dictadura de Gustavo Rojas Pinilla, la implementación del Frente Nacional y la conformación de grupos insurgentes organizados. La Violencia se caracterizó por la barbarie que demostraron los contendientes y por haber sido un conflicto no regular en el que los civiles resultaron ser protagonistas. Surgió también una policía totalmente politizada, grupos paramilitares ligados con la policía y, además, la iglesia cumplió un papel fundamental en la confrontación, pues incitó y en muchos casos participó en la persecución y muerte de muchos liberales en el país. Además, este periodo generó uno de los

desplazamientos masivos más grandes de la historia colombiana, pues muchísimas familias debieron abandonar pueblos y veredas para instalarse en las grandes ciudades, muchos de ellos perdieron sus haciendas, fincas o pequeñas parcelas en medio del conflicto partidista, que sirvió como excusa para usurpar tierras: "Esta clase [dominante] propició el clima de conflicto y desencadenó ese de guerra civil que se prolongó sin cuartel por espacio de casi veinte años y produjo aproximadamente doscientas mil muertes, más de dos millones de exiliados, cerca de cuatrocientas mil parcelas afectadas y miles de millones de pesos en pérdidas". (Escobar, 2000).

La hegemonía conservadora estaba causando malestar en la población, pero este malestar nunca podía ser canalizado de ninguna manera, pues había una fuerte red de control entre las fuerzas del Estado, con la policía a la cabeza, con una estructura regional de caciques, políticos y gamonales de pueblo, que con un régimen de terror más o menos abierto, controlaban cualquier conato de protesta. Sin embargo, con la llegada de Jorge Eliécer Gaitán, el brillante abogado y líder de la izquierda, este endeble equilibrio se rompió, pues su presencia puso muy nerviosos a los líderes conservadores y a muchos de los liberales que controlaban el poder en el país.

Jorge Eliecer Gaitán, el personaje histórico de El día del odio, era hijo de una maestra de escuela y de un librero liberal. Nació en el barrio las Cruces, su familia se trasladó al barrio Egipto debido a las penurias económicas que vivían. Después de pasar por varias instituciones educativas recibió su grado de bachiller en el colegio Martín Restrepo Mejía en 1919, en febrero de 1920 ingresó a la facultad de derecho de la Universidad Nacional de Colombia, en donde, cuatro años más tarde se graduó de abogado con la

tesis Las ideas socialistas en Colombia. Ya en sus años universitarios era un activista político. En 1924 fue elegido a la Asamblea de Cundinamarca. En 1926 logró irse a Italia a continuar sus estudios, allí ingresó a la Real Universidad de Roma, la facultad de derecho más prestigiosa de Italia, se doctoró Magna cum Laude con la tesis El criterio positivo de la premeditación. Con esta tesis se ganó el premio Enrico Ferri, más adelante su tesis fue utilizada como texto de estudio en esa universidad.

En 1928, tras su regreso al país, defendió a los sobrevivientes de la masacre de las bananeras y logró algunas indemnizaciones y, sobre todo, expuso al presidente Abadía Méndez como el responsable de la matanza. En 1931 fue elegido como representante a la Cámara, de la cual fue presidente. En 1932 fue elegido rector de la Universidad Libre.

Más adelante fundó, junto con Carlos Arango Vélez, UNIR, la Unión Nacional de Izquierda Revolucionaria, que organizó marchas en las cuales murieron varios asistentes. Este proyecto político no prosperó, en parte porque la oficialidad, es su afán de cautivar a Gaitán lo atrajo a sus filas y en 1936 le dio la alcaldía de Bogotá, pero por presiones de la derecha se vio obligado a dejar el cargo. En 1939 fue elegido magistrado de la Corte Suprema de Justicia. En 1940 fue Ministro de Educación por corto tiempo, pero alcanzó a dejar un plan de alfabetización y otro para la popularización de la cultura y la educación. Después de esto fue senador, ministro de trabajo y, finalmente, candidato presidencial en las elecciones de 1946, cuando se distanció del oficialismo liberal y lideró su propio movimiento. En 1947 y 1948 lideró varias marchas y movilizaciones, y abogó por la terminación de la violencia política que se había instaurado en muchos sitios de Colombia con la anuencia del gobierno de Ospina Pérez.

La marcha de las antorchas y sobre todo, la marcha del silencio, en febrero de 1948, puso muy nerviosos a los líderes de los partidos tradicionales, pues demostró que Gaitán tenía el poder de organizar al pueblo, que siempre se había mostrado caótico en sus movilizaciones. El 9 de abril de 1948 cayó asesinado presumiblemente por el establecimiento, que veía con mucho temor su avance imparable hacia la presidencia. El día del odio debe su nombre a esa fecha y quiere mostrar que ese día el odio estalló en pedazos una sociedad marcada por la humillación, el sometimiento, la injusticia, el olvido.

Según la investigación de Germán Guzmán, Fals Borda y Umaña Luna (1962) los orígenes de la violencia se deben trazar desde el año 30 (González, 2014; González, Bolívar & Vásquez, 2009). El país salía de la hegemonía conservadora y por esta razón los liberales se encargaron, especialmente en Boyacá y los Santanderes, de perseguir a los conservadores y se empezó una campaña de exterminio sistemático que, a pesar del llamamiento a la cordura por parte del gobierno central, no se detuvo. Hubo masacres y actos de barbarie sin fin. Se persiguió a los conservadores con saña y con participación de una policía politizada que muchas veces reclutaba a criminales reconocidos. Aunque el terror cedió y se convirtió en un problema de familias que se destruyeron entre sí, la afrenta persistía. En 1946, con el cambio de gobierno, que quedó en manos de los conservadores, el nuevo Presidente de la República también hizo un llamado a la tranquilidad y a la unidad. Sin embargo, siguen los desórdenes, se empiezan a armar bandas de conservadores, que después serán llamados pájaros, especialmente en Santander y Boyacá, también en Nariño hay asesinatos y mucha tensión. Jorge Eliécer

Gaitán, como jefe del partido liberal le envía una carta al presidente con un listado de los desórdenes en estos departamentos y pidiendo que se haga algo para parar el desangre.

Detrás del armamento de los conservadores están los jefes políticos, presumiblemente con Laureano Gómez a la cabeza, sin embargo, este es cauto y no deja huellas de su participación. El gobierno recibe la carta de Gaitán pero sus acciones no son lo suficientemente decididas. Se dan explicaciones grotescas de los asesinatos de liberales, cosas como que hubo unos disturbios y la policía fue atacada y se defendieron y los muertos resultaron ser liberales, por pura coincidencia. La situación es un polvorín.

De otro lado hay protestas por doquier, los sindicatos, con fuerte presencia comunista, hacen huelgas por todo lado, la más temida, la del transporte, estalla, mueren sindicalistas asesinados. Se habla de un complot comunista para desestabilizar el Estado. La inseguridad crece, en Pasto dinamitan el diario liberal, en Cartagena tumban la estatua de Rafael Uribe Uribe, en Villa María, la de Olaya Herrera. En Villanueva, masacran 32 personas, en Arauca, más de 30. La masacre de Ceilán es una de las más grandes de la historia, masacraron y quemaron a más de 150 personas, después fueron por los liberales de San Rafael, donde murieron 27 personas. En el Valle, la Casa Liberal de Cali es atacada por la policía y los asistentes a una reunión política son masacrados.

1948 empieza mal, los comunistas planean actos de boicot, los conservadores se dan a la caza de liberales por doquier, con ayuda de la policía y la anuencia de los jefes del partido, en muchos sitios los liberales se vengan con igual o peor sevicia que sus

atacantes. Se llega a quemar pueblos enteros. La prensa partidista le echa fuego a la hoguera, los conservadores acusan a los liberales de bandoleros y los liberales a los conservadores de asesinos. La prensa, que debería calmar los ánimos, incita a la violencia. En febrero siguen los paros y actos de sabotaje en los telégrafos y en las compañías petroleras. Hay ataques en Bogotá como el perpetrado contra el canciller liberal Domingo Esguerra, los estudiantes atacan el Ministerio de Educación. En la marcha del silencio, el 7 de febrero, Gaitán da su famosa oración por la paz, en ella le pide al gobierno que cese la persecución oficial: "Impedid, señor Presidente, la violencia, solo os pedimos la defensa de la vida humana, que es lo menos que puede pedir un pueblo" (Guzmán, Fals Borda & Umaña Luna, 1962:33).

Después de la muerte de Gaitán, inicia el período más álgido de la Violencia en Colombia, el partido conservador, en el poder, y bajo el mando de Laureano Gómez, y con la utilización de la policía y de los grupos paramilitares conocidos como Los pájaros se dedican a exterminar a los liberales, que eran mayoría, para quedarse con el poder. Con esta estrategia ganan la elecciones, que los liberales denunciaron como ilegítimas.

La explicación oficial de la muerte de Gaitán, que desplegaron de manera amplia en la prensa y en los comunicados, fue que a Gaitán lo mataron los comunistas colombianos, con apoyo del movimiento comunista internacional. Esta posición, que se mantiene hasta nuestros días, de endilgarle todos los males del país a los grupos de izquierda, no se sostuvo ni un segundo, hasta los más humildes campesinos intuyeron que el caudillo había caído a manos de la élite conservadora, en posible anuencia con la inteligencia norteamericana y hasta con su participación, pues el gobierno estadounidense estaba

temeroso por la invasión soviética a Praga que se dio en febrero del 48. Sin embargo, los relatos oficiales circularon con eficiencia. Hoy ya nadie sostiene esta teoría (Duarte, 2005).

Ya en el poder, Gómez Hurtado desata tal ola de violencia que incluso se llega a atentar contra las casas de Alfonso López Pumarejo y de Carlos Lleras Restrepo. Se incendiaron, así mismo, los diarios El Tiempo y El Espectador, con participación activa de la policía.

El terrible panorama dio como resultado la conformación de grupos de autodefensas que pronto se convirtieron en "los muchachos", financiados por los campesinos y los hacendados liberales perseguidos. Estas guerrillas incipientes tenían gran ascendencia entre la población, que los veía como defensores del pueblo. Más adelante, el gobierno hace una amnistía y el líder de estas guerrillas, Manuel Marulanda Vélez, Tirofijo, se acoge con su grupo a esta amnistía y deja las armas; sin embargo, más adelante se produce el asesinato por parte de paramilitares asociados al gobierno de uno de sus más cercanos colaboradores, con lo que él, y los antiguos combatientes, se devuelven al campo a seguir con su lucha guerrillera, en lo que sería el inicio del grupo guerrillero con mayor duración del mundo.

1.2- Gaitán, la filosofía política crítica y el liderazgo

Jorge Eliécer Gaitán es la figura política más importante del siglo XX en Colombia. Sin haber sido presidente y sin haber ejercido un cargo público por un tiempo lo suficientemente largo como para haber tenido un efecto duradero, la afirmación anterior es, por lo menos, problemática. No obstante, es indiscutible que su figura, lo

que llegó a representar, no tiene precedentes. No ha habido una figura cercana siquiera en el imaginario colectivo de la nación. Además, si en vida no alcanzó a poner en práctica su ideario, su filosofía política práctica, su muerte fue el evento político-social más importante del siglo XX en Colombia, como ya se esbozó en el apartado anterior.

En su *Ideas socialistas en Colombia*, (1963) se podía ver cómo sus planteamientos sobrepasaban los supuestos idearios de los partidos tradicionales, que eran simples mandatos con prácticamente ninguna aplicación real en el accionar político de los líderes de dichos partidos, de hecho, las élites de los partidos se comportaban de manera similar, tanto así que se acuñó un dicho que describía esta situación: En Colombia, la diferencia entre liberales y conservadores es la hora en que van a misa.

Pese a esta verdad un tanto perogrullesca, los partidos políticos se encargaban de propagar un reclutamiento básico en el cual el color político era una cuestión de honor, pero un honor sin ningún contenido doctrinal y sin ninguna formación política particular; es decir, los liberales y los conservadores lo eran porque su familia lo había sido y mantenerse en el partido era una cuestión indiscutible, pero aunque eran capaces de morir por su partido -y, de hecho, lo hicieron cientos de miles de colombianos- en la mayoría de las veces no hubieran podido morir por sus ideas, pues no conocían sino un rudimentario rosario de eslóganes sin profundidad alguna. Esto quiere decir que los partidos políticos en su afán de conseguir votos, reclutaban adeptos más al estilo de las sectas religiosas que de las agrupaciones políticas: Se hacía (podríamos decir que se hace, pues en este punto en particular, los partidos políticos tradicionales en Colombia, casi 100 años después, hacen básicamente lo mismo) una identificación de grupo que

oponía el nosotros a los otros, nosotros somos lo buenos, los otros son los enemigos, nosotros tenemos la razón, los otros están equivocados; una negación del valor del otro como ser humano: nosotros debemos gobernar a toda costa, si los otros tienen oportunidad de ganar, los aniquilamos, si no los vencemos los podemos destruir; como la razón y la bondad –y, muchas veces, Dios, está de nuestra parte, es lícito matarlos, quemarlos, torturarlos, ellos se lo merecen y, de seguro, es lo que nos harían a nosotros, etc.

Los partidos de izquierda hacían una labor un poco más doctrinal, pero también intentaban preparar a la nación para la revolución, pero una revolución que no desistía de la lucha armada, tal como se había hecho en la Unión Soviética y con consignas parecidas que llenaban de temor tanto a los gamonales de pueblo como a los políticos, grandes comerciantes e industriales del país.

Ante este panorama, Gaitán inteligentemente habla desde el partido liberal, con ideas liberales democráticas, nunca habla de la lucha revolucionaria armada. El mentado populismo de Gaitán es un ataque con poca profundidad, pues sus escritos más serios fueron avalados tanto en la academia colombiana, como en la europea, evidentemente su lenguaje y alcance cambiaba en la plaza pública, pero sus reivindicaciones eran simples, certeras y sin ambages (Congote, 2006).

Aquí es donde, de manera muy interesante, las ideas de Gaitán se pueden relacionar con la filosofía política crítica de Dussel (2001, 2011) que se separa de las ideas de la filosofía tradicional que han marcado los derroteros de los caminos del pensamiento en occidente para buscar una aproximación al desarrollo de las ideas desde la otredad. Para él, el otro es indiscutiblemente el ser marginado, discriminado, el pobre, y es desde este otro que debemos sentir y ver el mundo. Este punto de vista es radical y bien diferente de las construcciones dialécticas de occidente desde Kant y Hegel, hasta Heidegger y Ricoeur. En este nuevo modelo, que nace en la periferia, la relación con el otro está dada en términos de una solidaridad compasiva y desinteresada, de una humildad sincera que permite ver en toda su complejidad las necesidades del otro. Se trata de una filosofía de la alteridad, que deviene inevitablemente en una filosofía de la liberación, sin explotación, despojo, exclusión o eliminación.

Gaitán practica lo que Dussel expone, por eso causa tanto malestar en las élites, tanto conservadoras como liberales, por eso es un ser incómodo y por eso, ante su integridad e innegable capacidad de argumentación y, sobre todo, ante su capacidad de convocatoria entre los desposeídos, el establecimiento no tiene otra salida que la eliminación física, el asesinato cobarde. Aquí se hace evidente el carácter ficticio de las democracias oligárquicas: solo puede tener una opinión diferente quien no tenga la posibilidad de hacerse elegir en puestos de poder. Es decir, se puede tener una voz disidente que valide la democracia, pero a la que se le tolera siempre y cuando no tenga la capacidad real de ser elegida. Se trata de tener un bufón político, para mostrarlo ante el público y decir ¿Ven, aquí hay democracia? Pero si el enano bufón se crece y pretende el poder, si convence con argumentos a los votantes, entonces se le ataca de todos los

modos posibles, como a Gaitán, basta ver las críticas en la prensa nacional, en la caricatura política, intentaron desprestigiarlo de todas las maneras posibles, pero no pudieron, entonces escogieron la opción que siempre funciona en Colombia, la barbarie, así, se cumple el principio postulado por Dussel: "La historia no es solo una sucesión de totalidades ontológicas, es también una sucesión de sistemas de explotación, expropiación y extracción de valor del trabajo vivo de los trabajadores" (Dussel, 2001:24).

La forma de defensa de la totalidad que ostenta el poder en el momento puede ser la violencia, desde la violencia del libelo y la mentira, hasta el asesinato vil, pasando, hoy en día, por los sofisticados mecanismos de la manipulación psicotécnica utilizados en los medios masivos de comunicación actuales. Gaitán habló del pueblo, de sus miserias, de su pobreza, de la falta de oportunidades, del sistema económico que no deja que el pueblo se instruya, dignifique su vida. También habló de la violencia ejercida contra los perseguidos, en la marcha del silencio, el 7 de febrero de 1948, con una retórica clara y pacifista se dirigió al Presidente:

Impedid, Señor, la violencia. Queremos la defensa de la vida humana, que es lo que puede pedir un pueblo. En vez de esa fuerza ciega desatada, debemos aprovechar la capacidad de trabajo del pueblo para beneficio del progreso de Colombia.

Señor Presidente: Nuestra bandera está enlutada y esta silenciosa muchedumbre y este grito mudo de nuestros corazones solo os reclama: ¡que nos tratéis a nosotros, a nuestras madres, a nuestras esposas, a nuestros hijos y a nuestros bienes, como queráis que os traten a vos, a vuestra madre, a vuestra esposa, a vuestros hijos y a vuestros bienes!

Os decimos finalmente, Excelentísimo señor: bienaventurados los que entienden que las palabras de concordia y de paz no deben servir para ocultar sentimientos de rencor y exterminio (Gaitán, 1948:2)

Pero no fue escuchado, el exterminio lo alcanzó, como alcanzó a los doscientos mil colombianos, la mayoría de ellos pobres campesinos y obreros, asesinados y convertidos en asesinos por una élite política cuyos miembros terminaron su vida en sus fincas, en sus casas en el exterior, mientras Gaitán y el pueblo que peleaba por las banderas de sus partidos cayeron en una vorágine homicida que duró veinte años.

Hay otro punto de coincidencia entre las ideas de Dussel y las ideas y el quehacer político de Gaitán y está relacionado con la concepción práctica de la filosofía política. Todo el desarrollo del pensamiento gaitanista está enfocado al cambio de las condiciones de vida del pueblo, sus acciones así lo demuestran, lo mismo que la incomodidad de la derecha que lo hizo sacar de la alcaldía de Bogotá y del Ministerio de Educación. En términos de las ideas de Dussel:

La primera tesis de la crítica de Dussel a la razón política es que toda la racionalidad política es práctica y material. Esto implica que la política es, en primer lugar y sobre todo, una forma de racionalidad práctica, es decir, una forma de prudentia o phronesis, que se relaciona con la reproducción de la vida de los individuos en contextos de comunidad y de cooperación mutua (Dussel, 2001:31).

Por todo esto, Gaitán es el líder por excelencia, el caudillo. Le llamaban con frecuencia populista, por exponer argumentos claros a favor de los desprotegidos. Fue un líder que no optó por la violencia, a pesar de que sus seguidores hubieran empuñado las armas a la primera indicación del caudillo. De hecho no creía posible que lo fueran a matar y nunca acepto las escoltas que se le ofrecieron, pues creía, ingenuamente, que su posición seria y pacifista no iba a ser respondida con violencia. Por esto se le respetaba en sus filas y se le temía en las de sus opositores. Se adelanta a lo que expone Dussel sobre los líderes en la América Latina actual: Hoy en América Latina nos encontramos en una situación en la que el liderazgo no debe apartarse del ejercicio democrático en un sentido estricto (Dussel, 2011:19).

A pesar de la cercanía histórica de la revolución de octubre en Rusia y del fortalecimiento de los partidos comunistas y socialistas en Europa que Gaitán conoce, no se deja seducir por el levantamiento armado, no obstante la persecución; pero si él le dice no a la violencia, sus adversarios no están a su altura, son incapaces de entenderlo. Su estrategia es bárbara y efectiva, lo detienen, lo eliminan. Defienden el status quo a sangre y fuego y como suele suceder en estos casos, ellos ganan, pero el país pierde. Se entroniza una democracia trunca, infecta, que lleva a la dictadura que, curiosamente, con toda su barbarie, produjo menos muertos que los gobiernos conservadores que la precedieron.

1.3- El acontecer literario y el 9 de abril

En la Bogotá de mediados del siglo XX había un número importante de publicaciones de toda índole (Melo, 2008). En el campo de la literatura se destacaban *Sábado* y *Crítica* (Melo, 2008), dos revistas semanales que se hacían llamar de literatura y arte. En la primera los protagonistas eran Eduardo Carranza, Eduardo Caballero Calderón y J. A. Osorio Lizarazo, quien fue director de ella antes de que tomara las riendas Carranza en 1946; esta revista intentaba ser universal y no partidista, algo bastante difícil por la época, tal vez por eso duró muchos más años que otras publicaciones de carácter liberal. Aunque no publicaba mucho específicamente de política era claramente liberal. Durante su funcionamiento tuvo que ver la destitución de Carranza como director de la Biblioteca Nacional solo por ser liberal gaitanista; este despido produjo múltiples protestas desde las toldas liberales. Esta revista publicó apartes de *Los Elegidos*, novela de Alfonso López Michelsen (1999) [1953] que retrata los avatares de la élite colombiana precisamente en la época del Bogotazo.

Crítica era una revista más política, aunque como *Sábado*, también publicaba mucha literatura, sobre todo poesía y cuento nacional, pero, en mucho traducciones de grandes maestros europeos y norteamericanos. Después del 9 de abril crítica al gobierno de Ospina Pérez y publica una sección que cuenta los asesinatos en las regiones. Esto fue suficiente para que sea fuera censurada, hasta el punto de que no puede publicar nada de política. Entre sus publicaciones se encuentra un cuento de un joven autor costeño, es un cuento que se llama *La noche de los alcaravanes* y su autor

es Gabriel García Márquez. También reseña la primera exposición de un joven pintor paisa, Fernando Botero.

Aunque la novela ya había entrado para quedarse, todavía tenían gran prestigio los poetas, como figuras literarias a las que se les permitía cierta extravagancia. De hecho eran comunes las veladas en las que se declamaban poemas e incluso la declamación llegó a ser una profesión, a la que se dedicaban personas de tiempo completo. Uno de los grandes declamadores de la época fue Víctor Mallarino.

2. MEMORIA Y FICCIÓN EN EL DÍA DEL ODIO

Si bien es cierto que los hechos del 9 de abril de 1948, el asesinato del líder político Jorge Eliecer Gaitán y sus implicaciones en la sociedad a escala nacional, recogidos bajo la nominación literaria del bogotazo, constituyen un punto de referencia sobre la violencia política en el país, hecho que se refleja en la literatura (Ospina, 2013), el arte y la investigación en la Ciencias Sociales; El día del odio viene a ser un documento significativo para entender aquellos hechos, para comprender la historia, la memoria de la ciudad de Bogotá y para entender la violencia en el país. Me parece que su lectura contribuye a la respuesta de una pregunta crucial sobre la violencia, en particular la de los años cuarenta y los hechos del 9 de abril de 1948, me refiero a la pregunta ¿por qué sucedió? A mi juicio, el bipartidismo o la influencia de la iglesia, variables recurrentes para explicar aquellos hechos, no son del todo definitivas. La historia ha construido un discurso plausible sobre ese período que García Márquez denominó La mala hora, pero se enfoca más en lo que sucedió que en por qué sucedió, y allí pienso que El día del odio es un documento importante. Miremos más de cerca el asunto de memoria y ficción en El día del odio, su valor literario y documental.

Una de las características más sobresalientes de la novela es su manejo del lenguaje. Osorio Lizarazo es un excelente redactor y un cronista muy exitoso. Esta maestría se ve reflejada en el retrato del lenguaje popular, para el que tiene un oído muy bueno, a pesar de no tener formación como lingüista.

Memoria y ficción

La relación entre historia y ficción no necesariamente es clara. La historia es la reconstrucción de los acontecimientos del pasado con una sólida base en documentos verificables del periodo en cuestión y con el uso de los métodos propios de la historiografía. La ficción es el relato de un acontecimiento, evento, una historia de vida, una aventura, una saga que nace enteramente de la imaginación de un escritor. No podrían ser más diferentes. Sin embargo, esta distinción no siempre se hace tan diáfana, en primer lugar, tanto la historia como la ficción son textos en los que se narra. Ahora bien, muchos de los eventos que se narran en la literatura son eventos históricos y no son pocos los buenos literatos que efectivamente hacen una investigación minuciosa para evocar de la manera más fiel lo que ocurrió. Además, los historiadores muchas veces hacen uso de los textos literarios como parte de sus datos para buscar la forma como se ven los acontecimientos en un contexto determinado o como fuente de datos que pueden ayudar a clarificar los hechos. Los dos tipos de textos son narraciones de eventos que no son, unos ya pasaron y otros nunca pasaron.

En la literatura colombiana siempre se ha dado el ejemplo de la narración de la masacre de las bananeras hecho por García Márquez en *Cien años de soledad*. Allí se narra cómo el gobierno conservador de Miguel Abadía Méndez acribilló a miles de huelguistas de las compañías bananeras entre el 5 y el 6 de diciembre de 1928. Según las fuentes oficiales fueron 9 muertos. Sin embargo, en la narración de García Márquez son varios miles de muertos (García Márquez, 2007 [1967]; Uribe Botero, 2012). Años después, y en buena parte debido a la publicación de la novela, se han hecho indagaciones más serias que efectivamente han comprobado que la versión novelesca es mucho más cercana a

la realidad que la versión oficial, de hecho en un comunicado desclasificado del gobierno estadounidense se dice que fueron "más de mil" muertos en la huelga. Incluso ha habido historiadores que citan a García Márquez para ilustrar lo sucedido en ese evento (García, Engel & Adoue, 2006:2) o para sacarlo del "olvido historiográfico" en que había caído. El caso es que en este evento específico, el novelista, con su indagación en la memoria colectiva del pueblo donde creció y con los datos disponibles, hizo una narración que, todo indica, es la más cercana a lo que efectivamente pasó durante la huelga y la matanza de los trabajadores ordenada por Abadía Méndez y perpetrada por el general Carlos Cortés Vargas, que fue nombrado jefe civil y militar de Santa Marta y que no solo masacró a los trabajadores esa noche, sino que los persiguió y asesinó a los testigos durante los meses siguientes (Pernett, 2013: "Huelga y muerte en el platanal", párr, 8).

Así pues, en un país donde la historia oficial parece ser, en un muchos casos -como el relatado antes- una ficción, y donde la ficción muchas veces se acerca más a la realidad, se debe tomar con cautela la división entre lo real y lo ficcional. En el caso de El día del odio, esta relación se hace mucho más compleja, pues una vez más la historia oficial parece distar mucho de la realidad, se da una versión del 9 de abril bastante light, en la cual no se muestran los excesos de las autoridades durante la jornada que cambió el siglo XX en Colombia, para no hablar del número de muertos. Sin embargo, esto no sucedió en un pueblito en la costa, como la masacre de las bananeras, sino que sucedió en el centro de Bogotá, lo que significa que ha habido innumerables relatos de testigos que han narrado los hechos desde el momento mismo en que ocurrieron y muy a pesar de las autoridades y su versión oficial.

Pero El día del odio es más que una novela histórica, sociológica o como se le quiera llamar, es el grito atronador ante la muerte de un amigo, es, en términos de Genet (Balcázar, 2007), un grito que no se quiere convertir en duelo, en aceptación, está escrito en caliente, con los nervios agitados, esto se deja ver en sus diálogos y sobre todo en los comentarios del narrador: "Jean Genet se rehúsa a elaborar el duelo y somete su escritura a un "deseo de memoria". ¿Cómo conservar las huellas del amigo muerto? ¿Cómo transformar su muerte en una afirmación de la vida que no implique una negación de la muerte? (Balcázar, 2007:307).

Con la novela, Osorio Lizarazo conserva al amigo, pero no con el panegírico estultamente elogioso; el escritor recobra el discurso del caudillo y lo transforma en una trama, con unos personajes específicos, el nombre de Gaitán es mencionado apenas en la parte final del libro y solo unas cuantas veces, pero todo el libro es sobre Gaitán, pues en este caso, la ecuación del líder se cumple a cabalidad, "no soy un hombre, soy un pueblo". En la novela Gaitán está en cada aventura de los miserables personajes que deambulan por el oprobio, está en cada injusticia, en cada giro irónico del narrador. El texto es ese intento, nunca perfecto, de resignificar la muerte del amigo, de afirmar la vida, sin negar la muerte, sin negar su muerte.

Hay una suerte de ansia de eternidad en la escritura; el escritor escribe y presiente que sus textos pueden perdurar, su memoria ya no es suya solamente, se perderá la sutileza de lo recordado con amor, un olor particular, un gesto, el reflejo de la luz sobre un rostro, pero queda lo narrado, se va más allá de la memoria particular, imperfecta y deformada

por el tiempo, queda la perfección de lo escrito siempre igual pero inevitablemente cambiante con los posibles lectores, que leerán desde otros tiempos imposibles de prever. Y así ha sido, más de sesenta años después de escrita la novela, se lee, se recrea la historia y con ella la memoria del amigo, la memoria individual deviene colectiva, se multiplica en haces de lectura.

Literatura y panfleto

La novela en Colombia se desarrolló de manera diferente a como lo hizo en Europa, en buena parte debido a una ley que prohibía la publicación de relatos y novelas en la Colonia. Por este motivo, las primeras novelas se escribieron después de la Independencia y, durante el siglo XIX, este género se utilizó como una herramienta para la construcción de una noción de nación, que supeditó los valores estéticos a los republicanos y en la que, con personajes-tipo, se dibujaba lo que se pretendía fuera el ciudadano ideal de la naciente nación. Este proceso no fue exclusivo de Colombia, pues en todo Latinoamérica surgieron este tipo de novelas. Ejemplos de este idealismo nacionalista son novelas como *Clemencia* del mexicano Ignacio Manuel Altamirano, *Amalia*, de José Mármol en Argentina y *María*, en Colombia, esta última ya en plena época romántica. Es evidente que el desarrollo de las novelas en Europa es muy diferente, pues la narrativa se pudo desarrollar de forma natural, sin censuras, o por lo menos sin censuras totales.

Este desarrollo diferente quiere decir que mientras en Latinoamérica se está en un proceso de construcción de lo nacional que tiene que ver con la creación de una historia

propia, que involucra el montaje de los museos; la mitología, que va a ser proveída por los relatos gloriosos y claramente mitificados de las guerras de la Independencia; y la figuración de un ciudadano ideal, que se regula con lo legislativo, se forma con lo educativo, pero que tiene sus modelos primordiales en la literatura que ayuda a construir esa mitología. Esta idea de nación está claramente expuesta en el escrito clásico sobre la nación de Renan (2010) [1882] y desarrollada por Cornejo Polar (1995). Sobre la construcción de nación en Latinoamérica a través de la literatura se pueden consultar los trabajos de Sommer (2004, 2010), el de Unzueta (1996) y el de Figueroa (2007). Una conceptualización más moderna de nación y su relación con la literatura se pueden encontrar en Bhabha (2010), Antelo (1995) y Hobsbawm (2000).

Así, mientras en Europa se están construyendo novelas de una profundidad psicológica notable, como las de Dostoievsky, *Madame Bovary* de Flaubert o *Rojo y negro* de Stendhal, o las grandes novelas sociales, como las de la *Comedia humana*, la gran colección de novelas de Balzac o las de Dickens, en Latinoamérica apenas se está haciendo la narrativa heroica; esta misma narrativa histórica había sido configurada hacía varios siglos en Europa y tenía ya su sitio en la historia de la literatura.

Después de esta época viene una etapa en la que se pasa del ese afán por construir una nación y unos héroes nacionales a una novela más ligada con las regiones, en donde se muestre las costumbres de la época, los personajes típicos, ya no tanto para mostrar los ideales, sino para retratar lo que se vive y lo que se ha perdido en el lento pero inexorable paso de la vida del campo a la vida urbana que empieza a surgir. En Colombia José Eustasio Rivera con *La vorágine* de 1924 y Tomás Carrasquilla con sus novelas de

costumbres son los más grandes representantes de esta etapa que cubre finales del siglo XIX hasta bien entrado el siglo XX.

En la época de la Violencia surgieron una buena cantidad de novelas que trataban el tema del Bogotazo específicamente y este período histórico tanto en Bogotá, como en otras regiones y ciudades. Estas obras se caracterizan por supeditar el componente anecdótico y de denuncia a la creación de una obra de arte con un valor estético intrínseco. El inventario es muy amplio, más de setenta títulos; sin embargo, la mayoría ha caído en un justo olvido, lo que no las descalifica como documentos históricos. Entre las más destacadas están *Los olvidados* de Alberto Lara de 1949, *Ciudad enloquecida* de Pablo Rueda Arciniegas de 1951, *El día del odio* de J. A. Osorio Lizarazo de 1952, *Balas de la ley* de Alfonso Hilarión de 1953, *Tierra sin Dios* de Julio Ortíz Márquez, *Tierra asolada* de Fernando Ponce de León, *Sin tierra para morir* de Eduardo Santa y *Siervo sin tierra* de Eduardo Caballero Calderón, todas de 1954, *El monstruo* de Carlos Pareja de 1955, *Los días del terror* de Ramón Manrique, también de 1955, *Cadenas de violencia* de Francisco Gómez de 1958, *Marea de ratas* de Arturo Echeverry Mejía y *¿Quién dijo miedo?* De Jaime Sanín Echeverri, ambas de 1963, entre un largo etcétera (para una lista exhaustiva, (Escobar, 2000: 334 y ss). No obstante, no todas las obras son pobres desde lo estético, hubo una serie de novelas que tratan directa o indirectamente el tema y que hacen parte, con todos los méritos, de la historia de la literatura colombiana: *El coronel no tiene quien le escriba* y *La mala hora* de García Márquez; *El día señalado* de Manuel Mejía Vallejo; *El gran Burundún Burundá ha muerto*, de Jorge Zalamea y *La casa grande* de Álvaro Cepeda Zamudio. Es de notar, también, que muchas de estas novelas fueron escritas y/o publicadas en el exilio. Según Cobo Borda (2010) se trata de un

constante conflicto entre la venganza y la justicia lo que se ve reflejado en estas obras, y en el sin número de obras posteriores que siguen relatando los avatares de nuestras múltiples violencias.

Escobar (2000) muestra que la mayoría de los muertos de este período, más del 70% se dieron durante los gobiernos conservadores de Mariano Ospina Pérez y Laureano Gómez, quien ostenta el record de muertes del período de la Violencia, en su gobierno de tres años se registraron el 42,72% de todas las muertes de la Violencia, con 82.472 muertos. También nos muestra cómo los novelistas-cronistas en su inmensa mayoría responsabilizan a los gobiernos conservadores y a la iglesia de la barbarie vivida en esos años. Se puede decir que fueron los acontecimientos los que 'forzaron' a escribir sobre este tema; por lo menos así lo revela el hecho de que el 67% de los autores iniciaron sus publicaciones con sus novelas sobre la violencia, es decir, la realidad era tan aterradora y el ánimo de silenciar lo que sucedía tan grande que la escritura se convirtió en un fin histórico y político en sí mismo.

Sin duda, El día del odio nace con la indignación que produce el asesinato de Jorge Eliecer Gaitán y la brutal respuesta de las autoridades ante la caótica revuelta popular. Al tener esta génesis, es fácil anticipar el tema y el tenor de la novela, que resulta ser una gran denuncia y un fresco literario de la situación de la época. Como esto es así, inmediatamente surge la duda acerca de la calidad de la novela y de si realmente cuenta con las cualidades para pasar a la historia de la literatura o si se debe mirar principalmente como un documento histórico acerca de la forma como recibieron algunos escritores los eventos del 9 de abril. El día del odio fue reeditada hace poco y

ha sido tímidamente incluida en los currículos de las universidades. Su historia es bastante simple, una joven campesina es enviada a trabajar a una casa de clase media como empleada doméstica. A pesar de su fidelidad y diligencia, es acusada injustamente de un robo y echada a la calle. Tan pronto sale, empieza una serie de desgracias que la llevan en un torbellino de aventuras que van desde la violación y la prostitución hasta la muerte, precisamente el 9 de abril.

La protagonista indiscutible de El día del odio es Tránsito. Una joven nacida en una parcela pequeña en el campo, sus padres son campesinos que la obligan a trabajar arduamente en las labores de la finca y la castigan brutalmente. Cuando cumple 15 años la llevan a Bogotá para colocarla de empleada doméstica. Y allí es acusada de robar una cadenita de plata, la acusación resulta ser falsa, pero ella es echada a la calle, allí, buscando un sitio donde dormir, la viola un policía y otro la lleva a la estación de policía, en donde después de muchos maltratos la fichan como prostituta y ladrona y le roban el poco dinero que le dio su empleadora y su ropa, pues se asume su culpabilidad. De allí sale, intenta regresar a su pueblo pero no lo consigue y termina prostituida, convive con un ladronzuelo, el Alacrán, que la maltrata brutalmente, pero este es arrestado. Después, ya como prostituta, se va con un cliente, pero este muere en una riña que se inicia por política. Más adelante, se encuentra con el Alacrán, que se ha fugado, él la ve y le dice que se vayan juntos y promete no pegarle más, busca un trabajo de peón en un chircal, pero en las redadas de inicios de abril, por cuenta de la conferencia panamericana, decide internarse en los cerros orientales para evitar a la policía. El 9 de abril, cuando ven los incendios, bajan a conseguir comida, comen enlatados y beben whiskey, vituallas que toman de un almacén del centro que está siendo saqueado.

Tránsito, enajenada por el alcohol y la turba, coge un palo y empieza a gritar “muera” a diestra y siniestra, finalmente es alcanzada por una bala que la deja muerta en el piso.

Los personajes son planos, sin asomo de contradicciones o complejidades psicológicas, Tránsito es buena y abnegada hasta la saciedad, los malos son muy malos, lo mismo que los buenos, que están todos atrapados en un sistema mísero e injusto. Tránsito se acomoda, sumisa: “El simple corazón adolescente terminó por entregarse sin restricciones, como si en el fondo de su esencia reposara la dulce fidelidad de un perro” (Osorio Lizarazo, 2008 [1952]:13). Mientras que su patrona, al darse cuenta de la injusta acusación contra Tránsito, decía: -¡En fin, qué se va a hacer! –murmuró Alicia- . ¡Qué se largue! ¡Otra vendrá! También ¿Quién se va a preocupar tanto por los sentimientos de una infeliz sirvienta(Osorio Lizarazo, 2008 [1952]:22).

La acumulación de desgracias en la pobre humanidad de Tránsito también es exorbitante, la estructura narrativa se parece más al melodrama, pero sin el final feliz, más bien con el final trágico del siglo XIX. El universo que se crea es terrible, la atmósfera tan agobiante que no se consigue un respiro y esto genera una sensación de irrealidad que ataca la credibilidad interna de la narración. Incluso el mismo narrador acepta que es demasiado y lo justifica diciendo que Tránsito es una especie de resume de las injusticias prevalentes en el momento: “No es que sobre la adolescencia de Tránsito se acumulara el infortunio con una saña excepcional. Tránsito no era sino la síntesis de un dolor humano hostilizado por todas las fuerzas morales y materiales que sostienen y estructuran la organización social y aseguran la tranquilidad de quienes pueden pagarla” (Osorio Lizarazo, 2008 [1952]:226).

Esta construcción de personajes tipo o estereotipos, tan apreciada para la tradición latinoamericana de la época, ya no es utilizada por la novísima generación de escritores que está surgiendo y que surgirá con una gran fuerza producto de su innovadora técnica narrativa. En 1949 ya se había publicado *El Aleph* de Jorge Luis Borges, publicado en Buenos Aires, donde residía Osorio Lizarazo justo en esos años, en 1955 se publicó *La Hojarasca* de García Márquez y en 1963 se publicaría *Rayuela* de Julio Cortázar. Desafortunadamente Osorio Lizarazo no hace parte de esta generación innovadora, sino que viene a ser uno de los últimos exponentes de la generación anterior.

Además, la novela adolece de un exceso de explicaciones, se siente la sobreinterpretación en prácticamente toda la novela, no se le sugiere nada al lector, se hace la denuncia directa, no se le permite analizar los hechos, no hay gamas de gris, es blanco o negro, el narrador ya decidió por el lector. Hay largas interpretaciones de la realidad que se vive, de la situación de la ciudadanía, son una especie de micro ensayos dentro de la novela que tienen un fortísimo carácter moral. Cuando los personajes se quejan por la ley que prohíbe la chicha, el narrador aclara: "El alcohol es una compensación, o mejor, un atenuante ficticio de la desnutrición. El alcohol adormece las fibras nerviosas que agitan el convulsiones dolorosas los estómagos vacíos" (Osorio Lizarazo, 2008 [1952]:212).

Es aquí cuando el autor cae en el panfleto, en la denuncia directa, que puede tomar forma en la ironía, pero una ironía rabiosa. Luego de ser rechazada en el hospital de los pobres, Tránsito, casi muerta de hambre, debe retirarse: Pero ¿Cómo osaba desconfiar

de la inmensa caridad que la sociedad pregona con tan caudaloso énfasis? Ahí estaba como prueba de la unánime sensibilidad la Beneficencia, una poderosa organización con sus hospitales, sus asilos, sus colonias. ¿No venía la ingrata de uno de esos establecimientos, a cuyas puertas la implorante pobrería se aglomeraba en la ansiosa expectativa de los servicios? (Osorio Lizarazo, 2008 [1952]:237).

El lector no alcanza a inferir nada, todo está dado, Tránsito sale a la calle y el narrador nos explica: "El agente la vio huir, sonriendo. Era parte de un engranaje que acababa de alcanzar una espléndida victoria sobre un ser desvalido. La sociedad podía descansar tranquila en la diligencia de sus protectores. El orden estaba defendido sólidamente contra las mujeres perdidas como Tránsito" (Osorio Lizarazo, 2008 [1952]:49). Cuando deambula por los alrededores del hospital el narrador nos da su interpretación de lo que representa Tránsito, otra vez como el símbolo explícito de las miserias del pueblo. "Un punto tan invisible y tan vil que jamás sería discernido por el más sagaz y dulce de los intérpretes de la benevolencia colectiva. La sociedad opulenta y magnífica, y frente a su grandeza y seguridad, algo más insignificante que un bacilo: la congoja y la amargura de Tránsito y de miles de desesperados como Tránsito" (Osorio Lizarazo, 2008 [1952]:242).

En algunos casos la denuncia toma el lenguaje del ensayo político, de la arenga que pretende la movilización de los oprimidos: "De esta suerte, a los vicios permanentes de una estructura social fundada sobre la injusticia, sobre la explotación del hombre por el capital, sobre la negación de derechos y de la condición humana a las clases desheredadas, se unía la adopción de medidas extremas que podrían tener carácter

transitorio, pero que acentuaban la desesperación del populacho” (Osorio Lizarazo, 2008 [1952]:259).

Esta insistencia en la denuncia social hace que la novela se acerque al panfleto político y le resta fuerza literaria. La mezcla de compromiso político y pericia literaria se debe resolver con mesura, literariamente se gana más con la insinuación, con la puesta en escena de la historia. Se debe dejar que el lector interprete, se acerque a la obra y tome sus propias decisiones. Un ejemplo de esto es una de las mejores obras de denuncia social de la época *El coronel no tiene quien le escriba* de García Márquez, publicada en 1961, que presenta todo el oprobio de una sociedad corrupta, de la guerra sucia, sin apenas mencionar la política en su obra.

El lenguaje de lo popular

Uno de los aciertos literarios indiscutibles de *El día del odio* es la apropiación del habla bogotana de mediados del siglo XX. Generalmente en la literatura urbana de Bogotá se retrata con habilidad la forma de hablar de la clase media y alta, pero la clase baja siempre termina caricaturizada en giros y expresiones que no reflejan el uso real del lenguaje popular.

Lo primero que se destaca es el léxico, tan característico, que el autor incluye un glosario con voces usadas por sus personajes. De los 84 términos listados, más de la mitad son aún usados en la ciudad entre las clases populares y, algunos, en todas las

clases sociales. Entre los que se podrían calificar de arcaísmos están: abollar, matar; bofia, cuerpo de policía; chapa, policía; calcinaguas, panties femeninos anchos y de tela burda; chicatos, alpargatas muy gastadas; chingalé, paja para hacer esteras; jilimisca, persona fastidiosa, repelente; piroviar, vivir con alguien; etc. Entre los que se usan todavía están joto, paquete; taquiao, lleno; chiros, ropa; guachafita, desorden; caleta, escondite para mercancías ilegales o robadas; chicha, bebida de maíz fermentado; etc.

Hay que tener en cuenta que el léxico, así como las demás características del lenguaje bogotano no son, en su mayoría propiamente bogotanas, pues Bogotá es y ha sido siempre el receptáculo de múltiples dialectos. Hasta mediados del siglo XX la principal fuente de inmigración y de dialectos fue la meseta cundiboyacense y, en general, el departamento de Boyacá, hasta el punto de que se puede decir que el bogotano es un dialecto boyacense modificado. Así que lo que se diga del lenguaje bogotano en la obra de Osorio Lizarazo, se puede aplicar perfectamente al lenguaje Boyacense o cundiboyacense, con pocas variaciones. Además, sabemos que la personaje no es bogotana, sino que nació en una parcela no muy lejana de la ciudad, lo que la hace la típica persona bogotana, que nació en otro lugar, pero llegó a la ciudad en busca de oportunidades y se quedó toda su vida, en este caso toda su corta vida.

Evidentemente, el lenguaje popular bogotano y cundiboyacense está muy influido por la cultura indígena, que se deja ver en una cantidad importante de vocablos de origen muisca que son usados de manera adecuada en la obra: "Chicha, chorote, chisgua, chingalé, múcura, turmequé, quiche, guache, guaricha", (Osorio Lizarazo, 2008 [1952]:275 y ss) etc.

La intuición de Osorio Lizarazo en cuanto al lenguaje popular es tan acertada que no se detiene en lo más obvio, que es lo léxico, sino que se expresa también en lo fonético, que hace referencia a la forma como las personas pronuncian las palabras y en lo fonológico, que constituye las reglas que se tienen para combinar estos sonidos, cabe anotar que la mayoría de estas reglas son inconscientes. Sin embargo, el autor es capaz de plasmarlas de manera intuitiva en lo que se llama en lingüística, transcripción al ojo, que es una transcripción que, sin ser técnica, da cuenta de la estructura fonológica del habla, con las herramientas de la tipografía común (sin los tipos o alfabetos fonéticos especiales para realizar transcripciones técnicas), con este tipo de escritura, Osorio Lizarazo nos presenta de manera bastante acertada las formas típicas de la pronunciación popular de su época: Jilimisca, Jiegra, jalta.

En el uso de Probe por pobre, se hace una metástasis, que es un cambio sistemático en el orden de algunas combinaciones consonánticas, en este caso, el cluster 'br' de la segunda sílaba, se cambia a la primera, que sucede también en el caso de Grabiél, por Gabriel.

También se encuentran refuerzos consonánticos como en Vusté y desaminan, el primero se usa por usted, no marcamos como característica de las clases populares de mediados del siglo XX la elisión de la 'd', pues esta se da sistemáticamente en todos los grupos sociales hasta nuestros días, hasta el punto de que los hablantes no perciben tal elisión. El segundo refuerzo, también con una 'd' se da en la versión popular de la palabra 'examinan', nótese también la simplificación del sonido 'ks' correspondiente a

la 'x', que se simplifica a 's'. Sin embargo, sí hay elisiones que hacen parte del habla popular, como la elisión de la 'd' inicial como en Onde y múltiples apócopos como: Pu'ay, M'ija, N'ubo, L'iantojó, L'importa. Además de las típicas monoptongaciones de los hiatos que se daban en ese entonces y que son, aún hoy, bastante comunes y que se han convertido en una marca de desprestigio: Pior, Qui'ago, Di'onde.

Los diálogos que entablan los personajes en El día del odio, esta vez de todos los círculos sociales, son creíbles y bien logrados. La narración es fluida, es un libro que se deja leer de manera tranquila, definitivamente no es aburrido y aunque no constituye una obra maestra de la literatura colombiana, es una novela que tiene asegurado su puesto en la historia de la literatura colombiana. Si bien es cierto que la obra adolece de cierto carácter panfletario, como se vio en las páginas anteriores, es precisamente esta característica la que la hace un documento invaluable en doble sentido, por una lado está el análisis de la situación del momento por parte del narrador, que deja ver una línea ideológica clara, y por otro, deja ver cómo funcionaban ciertas instituciones que estaban apenas consolidándose pero que, por las incoherencias y fallas del sistema, más que ayudar a los ciudadanos del común, servían para beneficiar a una clase dirigente siempre despótica, racista y clasista.

3. DISCRIMINACIÓN Y ODIO

Discriminación y odio son dos variables explicativas de lo que aconteció en aquellos hechos del bogotazo, hechos que Osorio Lizarazo recoge desde el título de su novela como El día del odio. En esta tercera parte intento mostrar cómo la discriminación está presente en la ideología dominante de aquel momento; examino además, la relación de esa discriminación y dominación con el sistema de justicia y finalmente, la idea de odio.

Discriminación

Con base en una moral católica, mojigata, clasista y racista se va construyendo la sociedad urbana en Colombia. Como en una monarquía sin rey se hace incesantemente la pregunta ¿Pombo de los Pombo? ¿Puyana de los Puyana? En esa nobleza espuria se basa el profundo clasismo y racismo de los ricos viejos del país. Hasta el día de hoy, los blancos afluentes de casi todas las ciudades importantes siguen detentando el poder regional y nacional, el presidente es de familia de presidentes, los senadores son de familias de senadores en una indignante mayoría, el poder se hereda cual monarquía en pleno. Así es y así era hace 70 años. Por eso la figura de Jorge Eliécer Gaitán representa tanto en el imaginario colectivo, pues es un hijo de maestra que sube a la cúspide de la escala política sin venderse a los intereses de los directorios políticos de la época.

En El día del odio esa discriminación está presente de manera persistente, se podría decir que ese es el tema de la novela, más allá de las anécdotas, se muestra el

funcionamiento de la sociedad que discrimina de manera sistemática en aras de una justicia, un orden y una higiene que nunca terminan de llegar, o que llegan pero solo a los sectores de la sociedad que lo merecen.

En el desarrollo de la sociedad colombiana y, específicamente, de la sociedad bogotana, los indígenas pasaron de ser los dueños y señores de la tierra a ser los esclavos, siervos, encomendados y sirvientes de los blancos, y después, de los criollos acomodados. La cultura muisca en pleno, que se extendía desde Duitama hasta Melgar y que ocupaba prácticamente toda la meseta cundiboyacense, fue diezmada y sometida muy temprano en la Colonia, ya para mediados del siglo XVIII se dice que no se hablaba la lengua chibcha. Al ser asimilados a la sociedad no podían sino ocupar el peldaño más bajo de la escala social, es decir, el de ser sirvientes en las ciudades y jornaleros en los campos y centros urbanos, con ingresos irrisorios que apenas les alcanzaba para malvivir, cuando eso era posible. Durante los siglos XVIII y XIX, en el proceso de urbanización de Bogotá se solía traer a Bogotá mujeres descendientes de los muisca, 'indias' en el habla popular, para servir en las casas de la clase media y alta, pero estas mujeres se podían considerar afortunadas, pues había todo un tráfico permitido de jóvenes campesinas que eran prostitutas hasta su muerte prematura en burdeles de todos los niveles. Esto era tan común que hasta casi finales del siglo XX se oía la expresión 'ir donde las indias' como sinónimo de ir a contratar los servicios de prostitutas, fueran estas de la calle o de algún burdel semicamuflado. También se conserva, de este esquema social, el apelativo 'indio' como un insulto que debe ser entendido como que la persona no tiene modales o educación. Este término despectivo se deja ver en boca de muchos de los personajes, que están o se creen por encima de la

clase más baja. Tal es el caso de la patética familia de clase media que emplea a Tránsito: “-Yo no conozco como usted a su sirvienta. ¡Y estas indias saben ser tan mañeras!... Yo no digo que ella la robó, pero”... (Osorio Lizarazo, 2008 [1952]:16).

La sola condición campesina es ya prácticamente prueba de que es ladrona. La señora Alicia, cambia la forma de llamarla, ya no es Tránsito, sino “la india esa”, “india ladrona”, “india miserable”, las generalizaciones son la forma de tratamiento y la figuración del otro en los miembros de la clase media, “ahora tendría que hacerlo todo, Pero no sería por mucho tiempo. Ya vendría otra india, cualquier mugre sirvienta, otra ladrona” (Osorio Lizarazo, 2008 [1952]:21).

Las instituciones oficiales, que existen para organizar y regular la vida en comunidad y que deberían administrar justicia para todos, son realmente el látigo de los desfavorecidos, están hechas para y por los más ricos. Su lógica no se entiende sino en términos de un clasismo extremo. El problema es que los funcionarios de más bajo nivel se solazan en el maltrato de sus compañeros de clase, con el ínfimo poder que poseen pueden y hacen más desgraciada la vida de aquellos como ellos, pero que no tienen un cargo que ostentar.

El sistema de justicia es plasmado en todo su esplendor en la novela. El primer contacto que tiene la protagonista con el sistema de justicia oficial, cuando ya ha sido arrojada a la calle injustamente, es con un policía, un funcionario que debe velar por la seguridad de los ciudadanos. Tránsito le cuenta sus penas y el policía al verla desvalida la viola y la deja abandonada a su suerte. La violencia sexual inicia con un funcionario público, para

que no quede la menor duda de que ese es el tratamiento del sistema para con los más vulnerables. Pero esa misma noche se encuentra con otro policía, que la lleva a la estación solamente porque está sola esperando el tranvía. Los pobres son los sospechosos de siempre.

Tránsito es golpeada y llevada ante un juez. El juez, que se supone es un abogado titulado que podría tener más criterio que el policía, resuena con este en el mismo tono. Tránsito cuenta ingenuamente lo que le ha ocurrido y en compensación la acusan, otra vez sin evidencia alguna, y además le roban sus pertenencias, con lo que la condenan cada vez a la calle, al abandono. La lectura de la realidad de los funcionarios del juzgado es alucinante, Tránsito relata un episodio de violación y ellos interpretan un acto de lenocinio, ella relata una acusación infundada y ellos la toman como evidencia de un crimen:

Tuve en uno a pedir posada –respondió-. Y un agente se dentro con yo y me hizo lo que quiso...

-¡Ajá! – dijo el secretario sonriendo ante la ingenuidad de la respuesta. Porque él era zorro viejo y no se dejaba engañar. Conocía todas las argucias de nocheras y rateros. La más común era esa: fingir ingenuidad.

-Regístrénla.

Las manos del agente le recorrieron el cuerpo tan brutalmente como le habían golpeado la cabeza. Del seno extrajo dos billetes de a peso, arrugados.

-¿Y esto fue lo que le dejó el agente?

-No, señor. Fue lo que me dio mi señora. El agente dejó ay una mugre moneda que yo no toqué.

-¡Aja! ¿Y en ese atado qué lleva?

-Una ropita mía.

El agente le arrebató el envoltorio (Osorio Lizarazo, 2008 [1952]:33-34).

Además de estas interpretaciones amañadas, está la brutalidad con la que la tratan y el despojo del que es objeto, pues le quitan su ropa y su dinero, con el inexistente argumento de que posiblemente es de un robo. Más adelante, otro funcionario vuelve a hacer el mismo análisis, la violación se convierte una vez más en prostitución y la falsa acusación en prueba del delito de robo. El narrador nos presenta, sin sutilezas el escenario como la justicia hecha materia, "Al fondo, detrás de una barandilla, se alzaba la augusta impasibilidad de la justicia" (Osorio Lizarazo, 2008 [1952]:32). Más adelante, cuando la protagonista es presentada ante la inspección de policía sanitaria, el narrador nos aclara: "Al frente colgaba de la pared un Cristo exangüe, y debajo de la imagen un hombre de edad, con el cabello gris representaba el poder de la justicia implacable, cuya majestuosa severidad trituraba la vida de esta pobre mujer indefensa" (Osorio Lizarazo, 2008 [1952]:44).

El potente sistema que opera contra las mujeres funciona, pero es absolutamente ciego ante el debido proceso, la brutalidad de la autoridad se deja ver en cada paso, su arbitrariedad. Así lo nota el narrador: "Corrió, desalada, a la calle. El agente la vio huir, sonriendo. Era parte de un engranaje que acababa de alcanzar una espléndida victoria sobre un ser desvalido. La sociedad podía descansar tranquila en la diligencia de sus protectores. El orden estaba sólidamente defendido contra las mujeres perdidas como Tránsito. (Osorio Lizarazo, 2008 [1952]:49).

Cuando ha pasado el primero de la serie de infortunios que debe aún vivir, Tránsito es instruida por una prostituta, que se compadece de ella, pues se ve reflejada en su ingenuidad, Tránsito es como era ella, no ha entendido cómo será su vida de ese momento en adelante: "¿Vusté cree qui'ora le van a dar trabajo, va impliarse otra güelta? Ora ta vigilada y si se coloca pu'ay de sirvienta, al ratico no más llega el tira a visarle a la señora qui'usté ta registrada y qui'además es ratera y entonces l'échan. Y va a otra parte y ay tá el tira pa joderla. Cualquier cosa qui'haga, ay tá el tira" (Osorio Lizarazo, 2008 [1952]:57).

Para Transito el papel de la justicia se traduce en persecución. Los dramas se repiten uno tras otro: campesinas contratadas como sirvientas son violadas por sus patronos, cuando quedan embarazadas las echan de la casa y si regresan para pedir ayuda para sus hijos, son llevadas por la policía, si se quedan desvalidas en la calle, les quitan sus hijos, que o bien mueren por descuido, o bien son entregados a los hospicios, orfelinatos terribles que producen más delincuentes. Incluso cuando las mujeres logran estudiar y llegan a ser secretarias o asistentes, la historia se repite, su jefe las seduce, si quedan embarazadas las echan a la calle, pero como la regla es esa, es probable que en cada trabajo consiga un hijo, pero no van a pasar de dos empleos, pues con dos hijos nadie las van a contratar, así que es muy probable que terminen en la prostitución (Arias, 2012).

Ahora bien, en el sistema hay individuos que se dan cuenta de lo que sucede, pero que son parte de la maquinaria, una maquinaria que o los convierte en seres cínicos, o simplemente los excluye. El sistema no acepta la bondad, es incompatible con ella. Este

es el caso del médico que examina a Tránsito por primera vez, o del juez que la atiende cuando la llevan casi muerta de hambre al juzgado:

-Esto es asqueroso –dijo-. ¡claro que es necesario salvaguardar la higiene! Pero estas pobres mujeres también tienen derecho a su pudor.

-Es que se hacen...-interrumpió el practicante-. Ofrézcale cincuenta centavos y verá.

-No, no –replicó el médico-. No todas son iguales.

Hablaba sin convicción más aburrido que indignado... (Osorio Lizarazo, 2008 [1952]:48).

En la dureza de su profesión judicial, aquel hombre mantenía un sentimiento capaz de considerar a los desvalidos, a los miserables, como a seres humanos. Desempeñaba, por tanto, con deficiencia, el severo mandato de la sociedad. ... "...-¡Yo no sé para qué hacen estas vainas! ¡Esta pobre mujer estaba a varias cuadras del homicidio y la van a traer, por traer a alguien! ¡Y está en el patio desde ayer! (Osorio Lizarazo, 2008 [1952]:223).

Espacio urbano

A Osorio Lizarazo se le conoce como uno de los escritores que inauguran la novela propiamente urbana en Colombia. Esto es cierto, en parte, por las características mismas del país en las décadas centrales del siglo XX (Neira Palacio, (2004:153 y ss). Hasta 1940, Colombia era un país eminentemente rural, pero en las siguientes dos décadas deja de serlo para convertirse en un país urbano. La transformación se da, en parte, por las condiciones míseras de vida que se vivían (¿vivían?) en el campo y que

obligaban a los campesinos más avezados a emigrar y tratar de buscar fortuna en las nuevas metrópolis. La otra parte responsable de la migración es la violencia, que ya se había incrementado pero que se disparó durante la época de la Violencia, que ya se había iniciado cuando asesinaron a Gaitán, pero que creció exponencialmente con su muerte.

Pero el espacio de El día del odio no es lo urbano de las clases altas. Osorio Lizarazo pinta con lujo de detalle la vida de los marginados, de los desheredados que viven en la frontera, en el límite de la ciudad con la selva, es en las afueras, en los tugurios de los barrios populares que aún no son barrios, que no tienen servicios ni transporte, o en los cerros orientales, en donde, en cuevas, cual hombres primitivos, viven los que han sido olvidados por la ciudad, sus detritos, que se deben ocultar a toda costa, como efectivamente hizo el gobierno de Ospina Pérez en los días previos a la Conferencia Panamericana, durante la cual ocurrió el asesinato de Gaitán (Martínez, 2010).

La ciudad devora a los inmigrantes pobres, los devora y los escupe a sus cloacas. Por eso divide de manera invisible pero efectiva la ciudad de los pobres de la de los ricos. Es por esto que Tránsito intenta dejar la ciudad cuando cae en desgracia, pero ella no la deja escapar, todo el sistema está hecho para que no pueda salir, para que caiga envenenada con el odio construido por los vejámenes que recibe.

No hay lujos en la ciudad de la novela, las mejores casas que se visitan son las de una clase media patética que intenta sobrevivir y cuyo último recurso es el maltrato a los que considera sus inferiores, al parecer en un movimiento automático de reacción al

recibir los maltratos de sus superiores. La pobreza de esta clase emparedado, que se defiende con toda su fuerza para no caer en la indigencia, está representada por la familia de don Pedro y la señora Alicia, que terminan viviendo en un cuarto, con sus dos hijos, en la casa de una rentista empobrecida que debe tener inquilinos para sobrevivir.

Para completar el panorama de lo urbano en Colombia habría que leer detenidamente otra novela publicada apenas un año después de publicado *El día del odio*, se trata de *Los elegidos*, del joven Alfonso López Michelsen que, como miembro augusto de la élite, se permite hacer una radiografía descarnada de lo que era la clase alta bogotana de la época (parecido ejercicio haría treinta años después Antonio Caballero en *Sin remedio*).

El odio

La muchedumbre sin recursos ni oportunidades, en su mayoría analfabeta y condenada a una vida de privaciones y vejaciones, es sin duda la protagonista de *El día del odio*. No es fortuito el libro, pues define claramente lo que sucedió en el Bogotazo. No cabe duda de que la revolución pacífica de un pueblo disciplinado, como el que se mostró en la marcha del silencio del 7 de febrero de 1948 causó mucho más pánico entre las élites que las masacres y desafueros que se habían estado presentando desde la subida al poder de los conservadores en 1946. La razón es clara, el odio visceral, no analítico, sin argumentos es caótico, causa terror, pero no construye una revolución. La idea de una revolución pacífica en la que se atacara la corrupción y se defendieran las causas de los pobres era –y es, aún hoy en día- una amenaza para las pocas familias que detentan el poder en el país.

En la novela de Osorio Lizarazo, se plantea que la fuerza de ese pueblo estaba controlada por el discurso claro y fuerte de Gaitán, pero que a la vez era medido y no llamaba a la violencia:

[...] nadie podría prever la violencia que se desataría en la hora de la acción, desbocada como un corcel salvaje. Entonces nada podría dominarla, encauzarla ni organizarla y se despeñaría en abismos de anarquía y de caos. Los efectos de la explosión, como los de la bomba atómica, se prolongarían sobre el tiempo, porque el odio entraña venganza, y esta, cuando tiene un hondo fundamento de dolor, es un sentimiento primitivo e insaciable (Osorio Lizarazo, 2008 [1952]:261).

Aunque los personajes no tienen hondura psicológica, es indiscutible que Tránsito sufre una transformación. De hecho su nombre mismo indica cambio. La joven transita del campo a la ciudad, de ser una mujer pobre y humillada pero con cierta dignidad, a ser una prostituta de baja calaña y la mujer de un ladrón que vive en una cueva. Pero el cambio no se da solamente en su condición, de ser ingenua y tierna pasa a ser, en las últimas horas, con la euforia alcohólica y objeto del caos reinante, una bestia llena de odio hacia todo y hacia todos, pero, al no poder articular su odio contra el sistema que la ultraja y la somete, es un odio que se concentra en la persona que ve como la causante de su desgracia, por eso uno de sus últimos pensamientos es para su antigua patrona, la señora Alicia, de la que le gustaría saber "cómo tiene las tripas por dentro". Tránsito termina gritando "Muera, muera", sin son ni ton; este instinto asesino, que busca saciar el hambre, la privación, que tiene como consigna robar y destruir todo lo de los ricos, nunca llegará a ser una acción revolucionaria. La clase media es descrita de manera descarnada en el texto; son personajes anodinos, cuya única virtud es el servilismo, que

“nunca aprendieron oficio alguno”, (Osorio Lizarazo, 2008 [1952]:11) pero que centran todo su accionar en un arribismo que les hace ser sumisos y serviles con los de arriba y prepotentes y desalmados con los que consideran sus inferiores. Pese a este carácter vil con el que son dibujados, esta clase que está siempre a un paso de la miseria que tanto desprecia, es también víctima de un sistema cruel que los emplea y desecha, sin siquiera determinarlos. Por eso don Pedro pierde los trabajos y cada vez desciende más en la escala social, hasta terminar en una habitación alquilada, no es difícil intuir que con el próximo despido quedarán en la calle.

Lo mismo sucede con el otro personaje de clase media al que podemos conocer, la señora Enriqueta, ella, que tiene el privilegio de ser pensionada, también va descendiendo en la escala social y de ser una mujer acomodada con su propia casa, ha tenido que rentar un cuarto para poder cubrir sus gastos básicos. Esto quiere decir que, si las cosas siguen como van, sus ingresos no van a alcanzar para mucho más y ella tendrá que ver convertida su casa en un inquilinato.

La religión parece otro de los sustentos ideológicos de los pobres, la sumisión, tan cara a la religión católica, ha formado generaciones de campesinos que entregan todo por sus patrones, sin pedir casi nada a cambio. Esta abnegación total se recibe con desprecio, como lo natural. El símbolo se deja ver en la novela en los episodios de las cadenitas, que funcionan como amuleto católico para la suerte. En primer lugar, el único bien material con algún valor que poseía Tránsito era una cadenita de plata que, en una etapa de penuria fue empeñada y perdida, sin que esto suscitara ni un agradecimiento por parte de la señora Alicia y su familia. La otra cadenita es la de la

señora Enriqueta, por la que es botada a la calle Tránsito. Los dos símbolos religiosos representan la caída de Tránsito, el primero el despojo de su único bien material de valor, y el segundo, termina desencadenando los eventos que le van a quitar, ya o lo material, que es inexistente, sino su dignidad. No es accidental que el primer ultraje sea su violación y que esta sea reportada como un acto de prostitución. Allí empieza la deshumanización que termina con una Tránsito salvaje, intoxicada que grita consignas de muerte en el caos de la revuelta (Arce, 2012). Osorio Lizarazo sabe que no puede criticar de manera abierta a la iglesia, pues tienen censores oficiales y no oficiales en todo el continente y controlan cercanamente cualquier crítica social contra sus miembros y no dudan en utilizar todo su poder para perseguir toda voz que consideren disonante.

El injusto sistema que promueve el odio, la discriminación y el maltrato está amparado por unos principios políticos que son los responsables de la situación de los desvalidos. La novela menciona la beneficencia, esta institución, que todavía opera con ese nombre, parte del principio de que no es obligación del Estado proteger y defender a los más necesitados: a los enfermos pobres, a los niños abandonados o maltratados, a las prostitutas, a los presos. Cuando se dice beneficencia se habla de caridad, que se ejerce como un acto de bondad individual que nunca será un compromiso. Cuando el cuidado de los ciudadanos se dejan al libre arbitrio de los ricos, esto es lo que sucede, se hacen eventos en los cuales las señoras de los industriales y políticos se toman fotos entregando regalos a los pobres. Los hospitales atienden a quien quieren cuando quieren. Los hogares para los niños sin casa son administrados por cualquiera, sin control alguno. La caridad asistencialista nunca debe sustituir las políticas y acciones

sociales del Estado, que tiene el deber de proteger a los indefensos. Esa es una de las características principales de un sistema que se haga llamar Estado social de derecho. Osorio Lizarazo nos muestra cómo funcionaba ese perverso sistema que, además de injusto, es corrupto:

[...] la Beneficencia no estaba dispuesta a dilapidar sus rentas en semejante dispendio para curar mendigos podridos, cuando tantas personas decentes necesitaban combinar y desarrollar con esos fondos de la misericordia oficial algunos negocios, oscuros e inconfesables, que asegurarán su bienestar y respaldarán su importante posición social. Lo esencial es mantener el ruidoso exhibicionismo exterior y que las ganancias anduvieran por dentro (Osorio Lizarazo, 2008 [1952]:238).

Para justificar la inhumanidad de su sociedad, los miembros de la élite producían –y producen- con relativa regularidad “estudios” que demuestran como los pobres son pobres por su pereza, por su desidia o por algún desorden genético, probablemente generado por su vida viciosa y desordenada y por su estupidez congénita. Esto también es denunciado de manera abierta por parte de Osorio Lizarazo en varios apartes del libro porque:

[...] sentía en carne viva que si él y millares de hombres como él se encontraban al margen de la ley, se defendían penosamente y no siempre con éxito contra el hambre, era porque la injusticia social, el abandono, la orfandad, la ignorancia, encauzaron la fuerza del instinto hacia el punto en que se encontrara un mendrugo, *y no porque, como lo pretendían los sociólogos a sueldo de los capitalistas, nacieran hombres con tendencias de regresión bestial* [itálicas nuestras] (Osorio Lizarazo, 2008 [1952]:162).

La academia justifica los horrores con su postura supuestamente científica que, siempre termina defendiendo el status quo y avalando con su perorata técnica el abuso:

La sociedad, para disfrazar su horrenda hipocresía, para defender el sofisma del generoso corazón de sus altas clases, para salvar su paz y su sosiego, extrae de su seno sociólogos que expliquen con argumentos artificiales y cobardes la realidad de aquellos desamparados. Para completar su falsía, el sociólogo se apoya en el antropólogo y entre los dos urden una serie de vocablos técnicos que explican la regresión, la falta de sentido moral" (Osorio Lizarazo, 2008 [1952]:97).

Con tanta infamia, con tanta injusticia, varios personajes de la novela, así como su narrador, vaticinan en levantamiento, que unos añoran como una revolución, pero que la mayoría simplemente lo intuyen como una explosión de odio fermentado con cada acto de inequidad: -¡Cómo no ha de ser que no llegue ese día, el día del odio, de la venganza!... (Osorio Lizarazo, 2008 [1952]:157).

El día del odio llegó y dejó un lista de más de doscientos mil muertos, pero nunca produjo la tan ansiada revolución que iba a reivindicar la condición de ese pueblo con el que se identificaba Gaitán.

Referencias

Anderson, Benedict. (1993) Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica.

Antelo, R. (1995) Estado sin nación, nación sin sociedad, sociedad sin lenguaje. En González Stephan, Beatriz, Javier Lasarte, Graciela Montaldo y María Julia Saroqui (compiladores). (1995) Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y Sociedad en América Latina. Caracas: Monte Ávila Editores. Ediciones de la Universidad Simón Bolívar. 91-102.

Arce, G. C. (2009). Jorge Eliécer Gaitán y las conquistas sociales en Colombia. Seminario élites intelectuales y poder en América. Red de Universidades de Colombia, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. Tunja: Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia.

Arias, M. (2012). Historia, sociedad e ideología en El día del odio. Tesis Maestría. Maestría en Literatura. Facultad de Bellas Artes y Humanidades. Universidad Tecnológica de Pereira.

Balcázar, M. (2007). Huellas en el agua: las políticas de la memoria en Un cautivo enamorado de Jean Genet. Acta poética, 28 (1-2), 307-322.

Bhabha, Homi. (2010) DisemiNación. Tiempo, narrativa y los márgenes de la nación moderna. En Bhabha, Homi. (2010) Nación y Narración. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

Calvo, O. I. (2009). Literatura y nacionalismo: la novela colombiana de J. A. Lizarazo. Anuario colombiano de historia social y de la cultura, 36(2), 91-119.

Cobo Borda, J. G. (2010). Justicia o venganza: Literatura de la violencia. Revista Cronopio, 68. Disponible en <http://www.revistacronopio.com/?p=2700>

Congote, B. (2006). Gaitán y el populismo: ¿Otros dos fantasmas colombianos? Universitas Humanística, 62. 337-361.

Cornejo-Polar, A. (1995) La Literatura hispanoamericana del siglo XIX: Continuidad y ruptura. Hipótesis a partir del caso andino. En GONZÁLEZ STEPHAN, Beatriz, Javier Lasarte, Graciela Montaldo y María Julia Saroqui (compiladores). (1995) Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y Sociedad en América Latina. Caracas: Monte Ávila Editores. Ediciones de la Universidad Simón Bolívar, 1995. 11-24.

Duarte, C. G. (2005). La representación del Bogotazo en cuatro novelas colombianas 1948-1953. Trabajo de investigación para optar al título de historiador, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Industrial de Santander.

Dussel, E. (2001). *Hacia una filosofía política crítica*. Bilbao: Editorial Desclée de Brouwer, S. A.

Dussel, E. (2011). Democracia participativa, disolución del Estado y liderazgo político. *Comunicação & política*, 30(1), 9-24.

Escobar, A. (2000) *Literatura y violencia en la línea de fuego*. En Jaramillo, M., Osorio, B. & Robledo, Á. (Compiladores). *Literatura y cultura narrativa en Colombia del siglo XX. Diseminación, cambios y desplazamientos*. Santafé de Bogotá: Ministerio de Cultura, vol II; 321-338.

Figueroa, Cristo. (2007). *Clemencia y Cumandá: Relectura de dos naciones textualizadas en el siglo XIX*. En Kline, Carmenza. (2007). *Cajón de textos. Ensayos sobre literatura hispanoamericana*. Bogotá, D. C.: Fundación General de la Universidad de Salamanca.

Gaitán, J. E. (1963) [1924]. *Las ideas socialistas en Colombia*. Bogotá: Casa del pueblo.

Gaitán, J. E. (1947). *Oración por la paz*. Disponible en <http://elpueblo.com.co/oracion-por-la-paz-por-jorge-eliecer-gaitan/>

García Márquez . G. (1997). *Cien años de soledad*. Bogotá: Norma.

García, K., Engel, P., & Adoue, S. B. (2006). Cien años de soledad y la masacre de Aracataca. *Questión. Revista especializada en periodismo y comunicación*. 1(9).
Disponibe en
<http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/164/105>

González, F. (2014). *Poder y violencia en Colombia*. Bogotá: Odecofi-Cinep-Colciencias.

González, F., Bolívar, I., & Vásquez T. (2009). *Violencia política en Colombia. De la nación fragmentada a la construcción del Estado*. Bogotá: Cinep.

Guzmán, G., Fals Borda, O. & Umaña Luna, E. (1962). *La violencia en Colombia. Estudio de un proceso social. Tomo I*. Bogotá: Universidad Nacional. Disponible en
https://archive.org/stream/laviolenciaencolooguzm_o#page/n5/mode/2up

Hobsbawm, Eric. (2000) *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Editorial crítica, 2000.

López Michelsen, A. (1999) [1953] *Los elegidos*. Bogotá, D.C.: La Oveja Negra.

Lora-Garcés, M. C. (2011). *La representación dela violencia política, en tres novelas colombianas de la segunda mitad del siglo XX*. Tesis de doctorado. Doctorado en Humanidades. Facultad de humanidades. Universidad del Valle.

Martínez, F. (2010). La vorágine del 9 de abril: J. E. Rivera, J. A. Osorio Lizarazo y el Bogotazo. *Perífrasis*, 1 (2); 49-65.

Melo, J. O. (2008). Las revistas literarias en Colombia e Hispanoamérica: una aproximación a su historia. Disponible en <http://www.jorgeorlandomelo.com>

Neira Palacio, E. (2004). La gran Ciudad Latinoamericana. Bogotá en la obra de José Antonio Osorio Lizarazo. Medellín: Eafit.

Osorio Lizarazo, J. A. (2008) [1952]. El día del odio. Bogotá, D. C.: Punto de lectura.

Ospina, W. (2013). Pa que se acabe la vaina. Bogotá, D.C.:Planeta.

Pernett, N. (2013). La recurrente masacre de las bananeras. Razón Pública. Disponible en <http://www.razonpublica.com/index.php/economia-y-sociedad/7218-la-recurrente-masacre-de-las-bananeras>

Renan, Ernest. (2010) [1882] ¿Qué es una nación? En Bhabha, Homi. (2010) Nación y Narración. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

Rueda, J. E. (2016). Osorio Lizarazo, José Antonio. Ficha Bibliográfica. Biblioteca virtual. Biblioteca Luis Ángel Arango. Disponible en <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/biografias/osorjose.htm>

Sommer, Doris. (2004) Ficciones fundacionales. Los romances nacionales de América Latina. México: Fondo de Cultura Económica.

Sommer, Doris. (2010) Un romance irresistible. Las ficciones fundacionales de América Latina. En Bhabha, Homi. (2010) Nación y Narración. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

Unzueta, Fernando. (1996) La imaginación histórica y el romance nacional en Hispanoamérica. Lima: Latinoamericana Editores.

Uribe Botero (2012), ¿Pueden los hechos históricos resistirse a la mendacidad? Sobre la matanza de las bananeras. En: L. Quintana y J. C. Vargas (Compiladores), Hannah Arendt. Política, violencia, memoria, Bogotá, D. C.: Universidad de Los Andes, p.101 y ss.